

La eterna cuestión de la dicha

por RICHARD DIX

Árdua tarea la de dar el propio parecer sobre la dicha, mucho más todavía, si se tiene en cuenta que al decir dicha, la mayor parte de la gente sobreentiende amor. Sin embargo, para mí, nada más incompatible: la dicha es una cosa absoluta en sí y el amor, muchas veces, para conseguir una alegría insignificante cuesta muchos sufrimientos y lágrimas. Amando, nadie es dichoso, aunque muchas personas esperan serlo de esta forma.

¡La felicidad! ¡La dicha!.. Me parece que me estoy viendo en la terraza de mi casa, tirándole de las orejas al perro y fumándome una buena pipa al sol y entonces creo que soy el hombre más dichoso de la tierra. También he sido dichoso cuando he estado rodeado de ciertos amigos, cuya amistad era algo más que un mero capricho. Y trabajando, ¡no digamos!, encuentro momentos de dicha absoluta, pero es porque yo soy un enamorado de mi profesión. Todo esto, me parece que está muy lejos del amor, siempre lleno de inquietudes. He aquí lo que yo mismo debí confesarme pensando en la felicidad, al mismo tiempo que me preguntaba si no sería un monstruo.

Al levantarme del lecho, una mañana, este punto de interrogación llegó a preocuparme bastante. Aquella mañana, comía en casa de Ellinor Glyn, la famosa escenarista, para la que el corazón humano no tiene secretos, por lo que resolví ponerle esta cuestión sobre el tapete.

—La dicha perfecta—me respondió—es evidentemente, la comunión absoluta, es decir, física y moral entre dos seres de sexo diferente, o dicho de otra manera: el amor; pero este amor es tan raro, mi querido amigo, que se debe creer tanto en él como se cree en los cuentos de hadas. En todos los tiempos y en casi todas las ocasiones, el amor no es otra cosa que la manifestación individual de la vanidad o del egoísmo; ¡Cómo esperar construir el edificio de la felicidad sobre semejante base! La dicha, pues, debería residir en el amor, pero no está en él; yo creo que no se la encuentra más que en el completo olvido de uno mismo. Recuerdo haber sido muy dichoso ocupándome solamente de los niños.

Poco tiempo después, me aseguraba una señora, cuya opinión desde luego respeto, que la psicología siempre es segura, opinión que no llegó a convencerme del todo. Entonces pasaba yo mis vacaciones en una de nuestras elegantes playas; a la hora del baño, tuve el placer de encontrarme con uno de mis camaradas, un célebre actor de Hollywood, cuyos éxitos con las mujeres son inconta-

bles, al que también hice la misma pregunta.

Todavía lo veo volverse en la arena donde estábamos tendidos tomando el baño de sol, y mirarme cara a cara un buen rato.

—¿La dicha?—me dijo asombra-

DE NUESTRO CONCURSO

(Núm. 175)



LON CHANEY en «Rie, payaso, ríe»

(por Julio Calvo Duch, de Sabadell)

do—. Es muy difícil contestar a esa pregunta; lo que sentimos tú y yo en este momento, libres de preocupaciones engorrosas, bajo los ardientes rayos solares. ¡Esto es la dicha!

Peró—le argüí—, esta es una dicha muy material, muy terrenal. Desde que me obsesiona esta cuestión, he observado que la mayor parte de las gentes a quienes pregunto, buscan la dicha más arriba, más alta, y están

persuadidas que no se la encuentra más que en el amor.

Mi interlocutor adoptó un aire de gravedad:

—El amor, mi querido Dick—me dijo después de reflexionar un rato—no existe realmente más que en el éxtasis divino de la pasión, éxtasis que nos hace olvidar que existe el Mundo y hasta nosotros mismos.

¡Que me cueguen si hay una sola persona entre mil, capaz de sentir este amor, que por otra parte no es más que como un relámpago, un fogonazo; te aseguro que las novecientas noventa y nueve restantes ignoran lo que es esto!

Miramos al mar cuyas azuladas ondas venían a besar nuestros pies y nos abismamos ambos, en profundas reflexiones.

—Peró—le dije de repente—, ¿no te he oído confesar varias veces, a ti mismo, que la dicha no podía adquirirse ni con dinero ni con éxitos? Pues, si en el amor tampoco está, ¿dónde diablos anda metida?

La respuesta no se hizo esperar, clara y emitida con franqueza:

—Pues, en la hora que pasa, Dick; en todas las sencillas y aun humildes satisfacciones de la hora que pasa, en la mágica visión constantemente renovada del Mundo y de la vida, en el sencillo goce que nos depara el saber que estamos sanos y en la plenitud de nuestras fuerzas. Lo que pasa que la mayor parte de las gentes cierran los ojos ante todo esto, para correr tras el pájaro azul. Por eso, la atmósfera que nos rodea está llena de lamentos e imprecaciones.

Ahora empezaba a elevarme un poco ante mis ojos en mi propia estimación.

Luego, yo no era tan tonto al encontrar más felicidad fumando mi pipa en la terraza de mi casa que entre los brazos de una criatura ideal que me amaría siempre demasiado o quizás muy poco... «¡La hora que pasa», qué razón tenía! ¡Cómo coinciden nuestras maneras de pensar!

No sé si fué un filósofo o un poeta, o si participaba de las dos modalidades, el que dijo:

«Esta no es mi vida, sino la forma en que la vivo, que es lo más importante».

Sí, la felicidad consiste en saber sacar a cada momento el máximo de satisfacción. Siento en el alma que ahora pasaré, ante los ojos de muchas personas, como un ser desprovisto de ideal, pero al menos me quedará el consuelo de no haber mentido.

Una dicha más, todavía, una dicha tan completa como cualquier otra y una dicha que pocas gentes tienen la fuerza de ofrecerse...

ACTUALIDADES CINEGRAFICAS

¡HAY QUE LUCIR LA VOZ!

La Warner Co. ha empezado a rodar una serie de películas pariantes por el procedimiento «Vitaphone». Parece que quiere echar toda la carne en el asador, como vulgarmente se dice, ya que los preparativos hechos por la susodicha compañía, que no escatima gastos ni medios para conseguir un éxito, son enormes, habiendo contratado figuras tan prestigiosas como John Barrimore, Dolores Costello, Thomas Meighan, Pauline Frederick, Monte Blue, etcétera.

Como la empresa quiere también dar algo moderno y divertido a la par, algo para quitar los pesares, quien más quien menos, todos tenemos en la vida, ha contratado al ameno Ted Lewis y su jazz...

Tiene en cartera una gran colección de artistas de reconocido mérito en el arte mudo que serán contratadas tan pronto como sus condiciones «sonoras» estén al nivel de las visuales, para lo cual, están haciendo una selección entre las que saben mucha música o por lo menos algo; e ignoran por completo la avicultura. ¡Gallos, no!

¡A CUALQUIER HORA LO SUELTA!

¿Recuerdan que no ha mucho, les daba en este suplemento la sensacional noticia de que John Gilbert terminaba su compromiso con la M. G. M.? Pues no hay nada de lo dicho. El inimitable John continúa por ahora en la casa, gracias a un nuevo contrato que se le ha hecho, mejorándole los salarios que, a partir del día en que dicho contrato entre en vigor, percibirá la bonita suma de 15.000 dólares semanales, amén de los consabidos regalos, gajes y otras «tonterías» por el estilo.

Quedan, pues, desvanecidos los persistentes rumores que corrían por Hollywood, asegurándose en muchas peñas de cineastas, que el artista antes mencionado rodaría su próximo film para «United Artists» o que él mismo se editaría sus obras, siendo así que lo primero que le prepara la M. G. M. es la película, titulada «Thirst»...

La empresa no suelta tan gran adquisición y él por su parte no parece muy dispuesto a dejar lo segu-

ro por lo probable... Hace bien: ¡vale más pájaro en mano...!

LOS ZAPATOS DE UNA «STAR»

A la Baclanova le pusieron los Reyes Magos, que en Hollywood están representados por un anciano beletudinario de lengua barba blanca, una infinidad de cosas, entre las que des-

DE NUESTRO CONCURSO

(Núm. 173)



RAMON NOVARRO
(por Emilio Boura, de Liagostera)

tacan: un soberbio contrato con la Paramount para «rodar» películas sonoras, ya que la citada artista es una enorme adquisición para cumplir a maravilla dicho cometido. Ninguno de ustedes ignora que miss Olga fué actriz de ópera del Teatro Imperial, de Moscov.

Su primera película sonora se titulará «The woman who needed killing»... y la otra cosa ¿saben lo que es? ¡No! Pues el divorcio. Sí, se divorcia, de su esposo definitivamente, según ha declarado. Su esposo, amante y cariñoso (hace tres semanas) es Nicholas Sussanin... con el que

contrajo matrimonio hará cosa de un mes y medio, como anunciamos a su debido tiempo.

MISS DAMITA NO SE VA

Se susurra por Hollywood que a Lily Damita, la genial danzarina de piernas maravillosas, no se le prorrogará el contrato a punto de terminar con la M. G. M. Esto se dice en los centros cinegráficos; y, sin embargo, Mr. Samuel Goldwyn le prorroga contrato por «cinco años» más, «solamente» en condiciones ventajosas. ¿En qué quedamos? Porque una noticia se da de hofetadas con la otra...

¡Es mucha «vedette» ésta para que una empresa se resigne a soltarla!

FALLA UN «TRUCO» Y MUERE UNA ACTRIZ

Rodando una película, en qué la protagonista figura ser la famosa aviadora Ruth Elder, la notable actriz Lena Wicher, que desempeñaba dicho papel, al intentar saltar en pleno vuelo de un avión a otro, perseguida por un raptor, según el argumento, olvidó de hacer funcionar a su debido tiempo el dispositivo para abrir el paracaídas, yendo a proyectarse contra el suelo, desde una gran altura.

La desgraciada, mortalmente herida, fué conducida a una clínica inmediatamente, donde falleció.

Otra víctima más que añadir a las muchas, que al arte mudo han sacrificado su vida...

¡Ya ven los flusos qué no todo son laureles!...

FIN

Dolores del Río tiene una maravillosa voz de soprano que le ha valido un contrato con la «Société du Gramophone» para impresionar placas, en inglés y en español.

Y ¿no se ha contado con ella para la impresión de films sonoros?

Nos parece muy extraño que, dadas sus inigualables condiciones, no hayamos visto su nombre figurando en una de las muchas listas de artistas, para ese objeto, que las casas han publicado...

¡Lo que sea «sonará!»...

EL MAGO DE HOLLYWOOD

UNA PELICULA INTERESANTE

LA TRAGEDIA DE RUSIA

(ARGUMENTO)

Una noche de invierno, en la ciudad de San Petersburgo, iba a cometerse un crimen horrendo. Pietro Ivanoff se disponía a arrojar al Neva a una niña recién nacida, hija del gran duque Gregorio, el cual, por tener dudas sobre su origen, había ordenado hacerla desaparecer.

Pero Ivanoff tenía un alma sencilla de «mujick» y no fué capaz de cumplir la orden; la niña quedó abandonada en la calle y unos minutos después el cochero del gran duque vio cómo era recogida por Krivoshine, profesor del Instituto de San Petersburgo, con lo cual su conciencia se dió por satisfecha.

Krivoshine se apresuró a llevar la niña a los sótanos del palacio del conde Gubleski, donde, en unión de éste y de algunos amigos, se conspiraba contra el Gobierno. Una vez allí, la enseñó a sus amigos y les dijo:

—Es un alma que moldearemos según nuestro ideal. Una niña abandonada que acaba de nacer y que iba a morir.

—¿Y quién de nosotros la adoptará? — preguntó el conde.

—Yo — respondió Krivoshine —. En recuerdo de mi esposa, muerta en el destierro, la llamaremos Olga.

Y aquella noche, el sombrío hogar de Krivoshine se animó con una canción de cuna.

Pasaron los años. Sobre las torres, sobre las cúpulas de la ciudad, seguía poniendo una vibración de angustia el clamor de los descontentos.

Olga era ahora una mujercita de diez y ocho años, en cuya alma se encendía la llama de un amor infinito hacia los desvalidos; hacia aquel pobre pueblo ruso que gemía en la miseria y en el dolor. Había estudiado medicina y sus conocimientos le servían para ir a llevar el consuelo de la ciencia a las viviendas más humildes, donde se la veneraba como a una diosa.

Una noche, al volver de una de sus visitas, fué Olga atacada brutalmente por un grupo de oficiales beodos que se hallaban a la puerta de un restaurante de lujo, los cuales, a viva fuerza, la obligaron a penetrar en el establecimiento. Allí se encontraba un personaje de categoría: el general Basilio Cherkoff, hombre rudo, más amante de su espada de soldado que de sus blasones de príncipe.

Encontró a Olga de su agrado, y viéndola próxima a desmayarse, intervino; reprenió energicamente a los oficiales y él mismo, en su trineo, acompañó a su casa a la joven. En la puerta, el personaje dijo a Olga:

—Mañana yo le traeré a usted las excusas escritas de los culpables.

Pero Krivoshine lo había visto todo: había reconocido a Cherkoff, que era el enemigo más encarnizado de los conspiradores, y, reuniendo en seguida a sus amigos, se acordó enviar a Olga a París para librarla de las asechanzas del general.

Al día siguiente, cuando Cherkoff volvió a casa de Krivoshine, la encontró vacía. Olga, entre tanto, en el tren que atravesaba la estepa, vo-

DE NUESTRO CONCURSO
(Núm. 174)



TOM MIX
(por Rafael Bulo Casado,
de Barcelona)

laba hacia París, donde, libre de persecuciones, podría proseguir tranquilamente sus estudios.

Y el general Cherkoff, lleno de despecho, se presentaba en las oficinas de la policía y gritaba al jefe:

—¡Tiene usted ocho días de plazo para encontrar a Krivoshine y a su hija, desaparecidos desde anoche de su domicilio!

Reía la primavera en París y Olga, entre flores, bebiendo la caricia del sol, creía haber sido transportada a un mundo nuevo. Para que el encanto fuese aún mayor, había conocido, al poco tiempo de llegar, al doctor Rogelio Laténac, el gran bioquímico, que tenía en la Universidad — que ella frecuentaba — su cátedra de radioterapia.

Olga se descubrió de pronto a sí misma un súbito interés por los rayos X y esa razón la impulsó a presentarse al profesor Laténac y a solicitar trabajar en sus laboratorios, cosa que no rehusó el joven médico.

Desde entonces, Olga no faltó a una sola de las sesiones del doctor, interesada en realidad más por el médico que por la medicina.

Mientras tanto, no se dormía el general Cherkoff, y después de haber hecho averiguar el paradero de Krivoshine, hacía encerrar a éste en la sombría fortaleza de Pedro y Pablo y enviaba a sus amigos a Siberia. Después, no contento con esto, consiguió buscarse en París una misión especial y se presentó en la gran ciudad europea con la esperanza de volver a ver a Olga.

Sus planes no tardaron en verse realizados, gracias a la hábil policía de la Embajada. Un día, cuando Olga regresaba a su casa, dos hombres la esperaban a la puerta. Uno de ellos se adelantó y, sombrero en mano, le dijo:

—¿Quiere usted hacer el favor de acompañarnos a la Embajada? Ha llegado una comunicación urgente que se refiere a su padre.

Cuando Olga entró en el gran salón de la Embajada se encontró de manos a boca con el general Cherkoff, el cual, cortando con un ademán imperioso la retirada que ya iniciaba la joven, la hizo sentar a su lado y le habló así:

—Usted, sin duda, no ignora que Krivoshine está encarcelado... Lo que seguramente ignora usted es que va a ser ejecutado... es cuestión de días.

—¡Pero eso es una infamia!
—¡Llámele usted como quiera. Lo que sí le digo es que si yo me interesase por él la ejecución no se llevaría a cabo... Por lo tanto; usted sola responde de su suerte.

—No comprendo...
—Olga... la amo a usted. El amor que usted me inspira es una pasión violenta, irresistible, y que no retrocederá ante ningún obstáculo. Olga temblaba.

—Está usted nerviosa; lo veo... Cálmese y reflexione... No hay más que un medio... uno solo para salvar a Krivoshine... Piénselo usted. Es mi mano de esposo lo que le ofrezco... la mano del príncipe Basilio Cherkoff... es la salvación de su padre. ¿Vacila usted aún?

—Mañana le contestaré... mañana; no podría ahora...
—Si mañana no contesta usted, Krivoshine será ejecutado en la madrugada del lunes.

Una sola esperanza había para Olga: el profesor Laténac. Pero el doctor, que nacía muchos días que no veía a su discípula, creyendo que no correspondía al amor que empezaba a sentir por ella, y hallándose en vísperas de partir para la guerra, se casaba aquel día con su antiguo «flirt»

Actualidades de los Estudios

Esperando rodar "Monte-Cristo"

Para las tomas de vistas de «Monte-Cristo», M. Fescourt ha hecho construir en el Estudio de Billancourt, un decorado ingenioso, que representa una inmensa galería con columnas, una especie de pórticos. Hoy, se rueda, entre el fragor y el estrépito de una serie de detonaciones. Jean Angelo, con levita oscura y peluca rizada, está asesinando tiro limpio a un maniquí del tamaño ordinario de una persona de buena talla, que le sirve de blanco, colocado en el otro extremo de la galería. Monte-Cristo, está ejercitándose en el tiro al blanco antes del duelo...

—¡Vuelva a empezar! — ordena Fescourt, implacable.
En el rostro de Angelo había una sombra de contrariedad, y su pantalón estaba arrugado.

Los ventiladores lograron disipar el humo. Se vuelven a cargar las pistolas. Imposible, Angelo, vuelve a adoptar «su pose» por la vigésima vez...

El trabajo empieza de nuevo. Un negro colosal vestido con un riquísimo traje oriental negro y oro, entra en el campo del objetivo y presenta a Angelo tres cartas de baraja, cuyo significado es misterioso. Este negro es Jack Taylor, campeón negro de boxeo, actualmente actor cinematográfico gracias a las recomendaciones de Jack Dempsey... Taylor no sabe una palabra de

Pero el nuevo régimen era cruel y sangriento. Para imponer su credo se valía de la fuerza; y en los archivos se apilaban documentos, listas de sospechosos.

Entonces, Gubleski pensó que el único modo de evitar aquella carnicería era apoderarse de los documentos y enviarlos a París por medio de un hombre seguro. Mas ¿dónde encontrar tal hombre? Se acordó del profesor Laténac y éste no tuvo inconveniente en aceptar la peligrosa misión. Olga, enamorada de él, se empeñó en acompañarle y partieron los dos hacia la frontera, que era, por aquellos días, para los viajeros el mayor peligro.

Lo que todos temían sucedió. La brutalidad de los funcionarios de Aduanas provocó un incidente, y el doctor y Olga fueron detenidos.

Por fortuna para ellos, era allí uno de los jefes un conspirador, Tzeren-Lama, que en otro tiempo había sido gran amigo de Krivoshine y de Gubleski, el cual se decidió a salvar a los viajeros, proporcionándoles la fuga a través de la estepa.

También estaba allí Ivanoff, el hombre que años atrás estuvo a punto de arrojar al Neva a la princesa Olga.

francés lo que complica grandemente la tarea de M. Fescourt. A las animadas recomendaciones de su «metteur en scene», el negro opone el muro de su enorme rostro impenetrable, lleno, no obstante, de tanta voluntad como incompreensión...

Algunas palabras en inglés y el rostro impenetrable, la esfinge, se anima, y aquella cara color chocolate se ilumina con una larga sonrisa. Al descubrir un alma hermana capaz de comprenderle, Taylor empieza, en el tiempo que le queda libre entre dos escenas, a contarme íntegramente su existencia. Debuts de boxeador, victorias sobre el ring. Luego, de esto hace ya seis meses, en el transcurso de un combate, se rompió un brazo. La cura es larga; todavía está en tratamiento. Taylor se aburría. Precisamente para «Monte-Cristo» hacía falta un negro bien plantado y robusto... y he aquí a nuestro hombre trabajando en el cine mientras llega la hora de su total restablecimiento para volver de nuevo al ring...

—Me gusta mucho trabajar en películas. Pero es preciso esperar, permanecer inactivo, inmóvil, y esto es muy fatigoso para un hombre de acción como yo — me dice confidencialmente —. Además, los franceses no saben el inglés y para colmo de desgracias, me han puesto unas babuchas con tacones altos, que me muelen los pies. ¡Ah, señor! ¡Todos los oficios tienen sus inconvenientes!...

M. VERDIER

Partieron en un trineo los cuatro, pues Tzeren-Lama también formaba parte de la pequeña caravana, y, mientras la noche se tendía sobre la estepa blanca, avanzaron hacia el sur.

La fuga no tardó en ser conocida en la frontera y los soldados partieron veloces en pos de los fugitivos.

Era la carrera de la muerte. Los que huían sólo confiaban su salvación a la delantera que llevaban sobre sus perseguidores. Y de pronto, cuando ya abrían sus pechos a la esperanza; surgió en la noche un peligro con que no habían contado: los lobos.

Avanzaban velozmente en grandes manadas acuciados por el hambre. Ivanoff fué su víctima. Allí quedó tendido en la estepa, mientras sus compañeros avanzaban un poco hacia unos árboles que podían servirles de escondite. Un instante después llegaron los soldados, pero Ivanoff, con un gesto, les mostró la dirección contraria. Fué su último movimiento. Antes de morir el buen «mujick» había querido salvar a sus amigos.

Algún tiempo después, Olga y Rogelio, libres de la pesadilla de Rusia, hallaban la felicidad entre la seguridad y el confort de la civilización occidental.

JUEVES CINEMATOGRAFICOS

DE **El Día Oratio**

Num. 99

Ciudad
31-
1929



BESSIE LOVE Y CHARLES KING,
DE LA METRO GOLDWYN MAYER,
HAN POSADO ANTE EL OBJETIVO
CON EVIDENTE SATISFACCION.

NORMA Y CONSTANCIA
PALMADGE Y LEIS ALON-
SO, A SU LLEGADA A
PARIS



REX INGRAM, PRESIDIENDO
UNA FIESTA QUE SE CELE-
BRA EN SU HONOR, EN LOS
ESTUdios DE NIZA



EL ESCULTOR VICENTE ANTON, AUTOR DEL BUSTO DE DON EDUARDO GURT, EX PRESIDENTE DE LA MUTUA DE DEFENSA CINEMATOGRAFICA ESPAÑOLA Y DIRECTOR-GERENTE DE LOS ARTISTAS ASOCIADOS, OBSEQUIO DE UN GRUPO DE ADMIRADORAS DE DICHA MARCA.—(Fot. Badosa)



OLIVE BORDEN Y JOHN BOLES, EN UNA BELLA ESCENA DEL FILM COLUMBIA "CUANDO UNA MUJER..."



UNA INSTANTANEA DE CONSTANCIA TALDMADGE, TOMADA EN MONTE CARLO, DESPUES DE LA IMPRESION DEL FILM «VENUS», DE LOS ARTISTAS ASOCIADOS



IGNORAMOS QUE ES LO QUE TANTO LLAMA LA ATENCION A REX INGRAM, ALICE TERRY Y ROBERT SANTAN



DOS HERMOSAS ESCENAS DE LA CINTA SELECCIONES GAUMONT DIAMANTE AZUL LA PRINCESA DE OPERETA. EN LA QUE TOMAN PARTE AINE SIMON GIRARD Y LA MONISIMA DANIELA PAZOLA



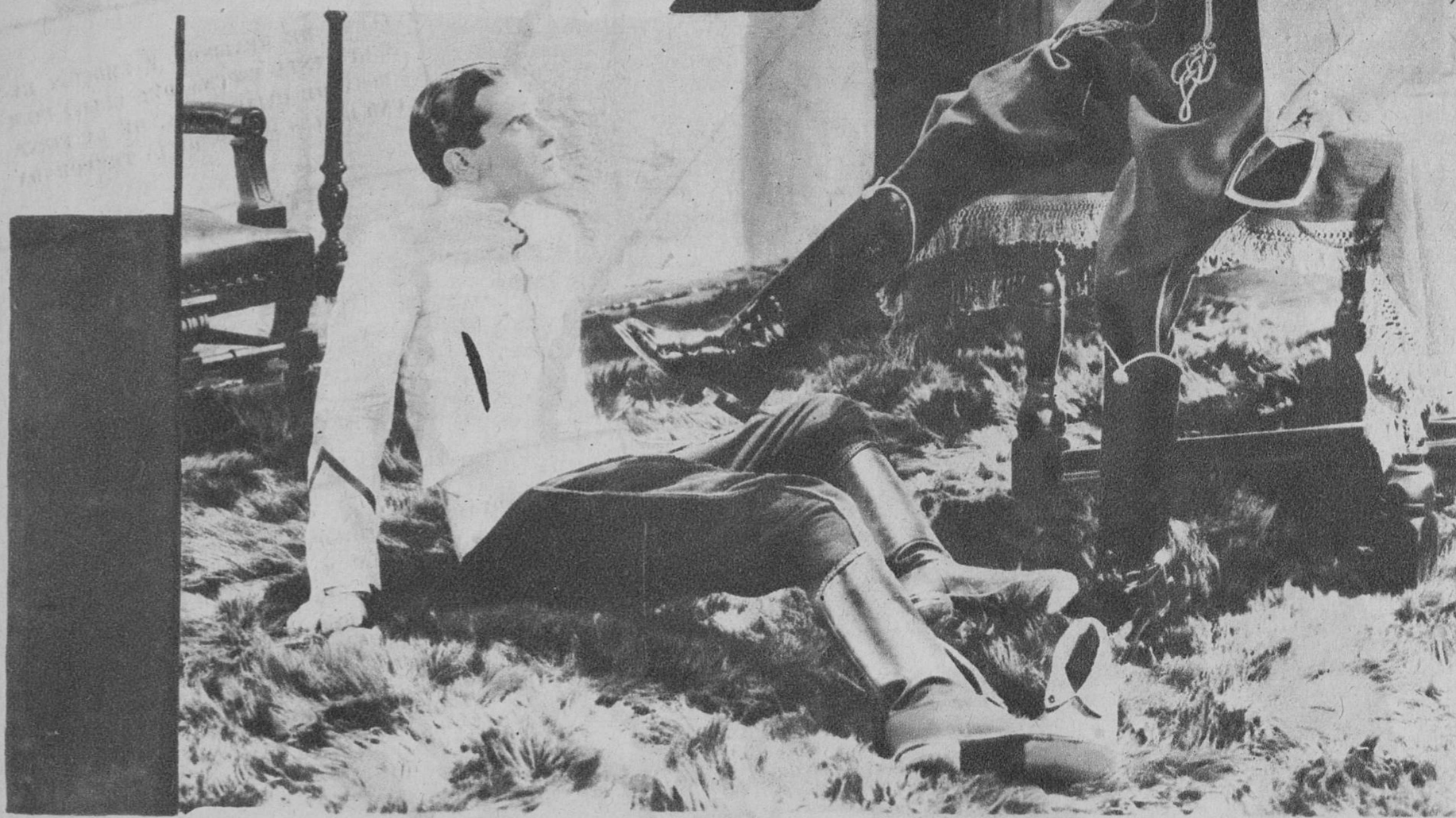
LLENA DE REALISMO Y EMOCION RESULTA ESTA ESCENA DEL BELLO FILM «ROSA DE CALIFORNIA», DE LA FIRST. UNO DE LOS EXITOS DE LA TEMPORADA

RAMON NOVARRO, PROTAGONISTA DEL FILM METRO GOLDWYN MAYER, «LA RUTA DE SINGAPOORE», EN EL QUE OBTIENE UN LEGITIMO TRIUNFO PERSONAL

¡CUIDADO CON LAS RUBIAS!
SE TITULA EL INTERESANTE
FILM COLUMBIA, QUE ADMIRA-
BLEMENTE INTERPRETAN DO-
ROTHY REIRER Y HAT HOORE.



UNA ESCENA DEL HERMOSO
FILM «LOS HUSARES DE LA
REINA», DE LA SELECCION
GRAN LUXOR VERDAGUER



ANITA STEWART, GASTON GLASS Y
HUNTLY GORDON, EN UNA ESCENA
DEL FILM COLUMBIA «QUIEN ES
ELLA?»



NO SALE MUY FAVORECIDA LA
GENTIL GWEN LEE, EN ESTA
COMICA ESCENA QUE, CON LEI-
LA HAYMS, INTERPRETA PARA
UN PROXIMO FILM DE LA ME-
TRO GOLDWYN MAYER

ARGUMENTOS DE PELICULAS

EL DINERO

telegrafándole por medio de una clave secreta que le entregó. El Banco Universal tuvo entonces una formidable salida; la multitud avida de negocios, acudía a sus ventanillas en demanda de títulos, que compraba sin vacilar; por su parte, Gundermann pasó una orden general a todas las capitales para adquirir igualmente títulos, pero sus secretarios no se equivocaron: adivinaban fácilmente que aquellos títulos, serían las municiones de que más tarde, cuando lo juzgara oportuno, se serviría el espartano.

Sin embargo, la baronesa de Sanderf, jugadora empedernida y mujer frívola y muy libre, siempre dispuesta a ayudar al ganancioso poniéndose de su lado, que había sido la amante mimada de Saccard en la época de su opulencia, púsose del lado de Gundermann poniendo cuantos medios estaban a su alcance y el odio le sugería, para ayudar a caer a su antiguo amante.

Empero, ella estaba en buenas relaciones con él con objeto de captarse su confianza y poder espiarlo cómodamente por cuenta de nuevo aliado Gundermann. Jacques Hamelin partió en su avión para la travesía del Océano con gran desesperación de su mujer. El vuelo, aun en las condiciones más favorables, debía durar cuarenta horas; cuarenta horas de mortal angustia para Lina, cuarenta horas de maniobras tenebrosas y de audaces especulaciones para Saccard. En el Banco Universal, la fiebre se había apoderado de todos; la compra de títulos aumentaba de día en día; todos seguían con ansiedad las noticias del raid del famoso aviador, que se daban por radio y la Bolsa de todo el Mundo, de todas las principales ciudades donde se organiza y forma el mercado monetario, subía sin cesar ante el éxito del vuelo. Aquella tarde, ante los trasparentes de la plaza de la Opera, la multitud, ansiosa, esperaba la confirmación del triunfo de Hamelin, que según el horario previsto, ya debía haber aterrizado. Ya se vitoreaba al héroe. Lina, que asistía a la ceremonia, seguía con interés el curso del vuelo por medio de los anuncios que se transmitían a la multitud. Se puso a saltar de ale-

gría, cuando vio perder la partida, pero antes de darse por vencido, habló a la señora Hamelin, diciéndole que si su esposo aceptaba el cargo que se le asignaba en la Compañía, permanecería siempre a su lado sin arriesgar continuamente su fortuna.

Nicolas Saccard, director del Banco Universal, financiero audaz, uno de los principales negocios era la «Caledonian Eagles», había convocado una asamblea general extraordinaria con objeto de aumentar el capital social de la entidad. La obstrucción sistemática de clerote señor llamado Salomón Masinas, principal accionista, hizo abortar la operación. La noticia se esparció y corrió por todos los centros como reguero de pólvora y los tenedores de títulos levantaron el Banco. Esto fue el principio del fin. Aquí se inició la bancarrota. Saccard descubrió que el investigador de aquella manobra era un tal Alfonso Gundermann, hombre frío y calculador y de una firme voluntad, dueño, además, de una alta finanza internacional. Saccard corrió hacia su ruina a pesas agigantadas y todo el mundo rebusca en compañía y se dejaba de él, cuando trabó relación con un joven aviador, el capitán Jacques Hamelin, que había construido un biplano perfeccionado, alimentado por un nuevo carburante Y, que, además, en el transcurso de un raid, había descubierto en Guyana terrenos petrolíferos sobre los que tenía como denunciante, una opción. Saccard tuvo un doble motivo al aproximarse al aviador: por una parte vendía un negocio maravilloso y por otra había sido conquistada su alma por la encantadora Lina Hamelin, la esposa del aviador.

No obstante la baja inquietante de las acciones de su Banco, Saccard hizo de tripas corazón y esparciendo falsas noticias y «bluffs» con mucha destreza, fingió haber establecido una alianza con Gundermann. En realidad, este, que a petición del mismo Saccard, le había concedido los honores de una entrevista, no le ocultaba todo el lugar, que tocaba todos los resortes necesarios para aniquilarlo. Saccard, cegado por sus empresas, había conseguido formar una sociedad destinada a explotar las patentes Hamelin. Instó al joven aviador a ocupar el sillón de la vicepresidencia del Consejo de administración. Hamelin, que antes que nada era aviador y quería continuar dedicado a su peligrosa profesión, y que además despreciaba a las gentes dedi-

casas a negocios, rehusó, al principio. Maquiavélico, Saccard vio perdido el vuelo, pero antes de darse por vencido, habló a la señora Hamelin, diciéndole que si su esposo aceptaba el cargo que se le asignaba en la Compañía, permanecería siempre a su lado sin arriesgar continuamente su fortuna.

DE NUESTRO CONCURSO (Núm. 170)

mente la vida. Lina Hamelin insistió tanto a su marido que éste, por fin, pareció ceder, remitiendo un escrito a Saccard, que le leyó al Consejo. Es decir, que el aviador aceptaba el cargo de vicepresidente del Consejo de administración, a condición de que se le permitiera efectuar un raid de París a la Guyana a bordo de su nuevo avión. La asamblea aplaudió frenéticamente, ovacionó a Saccard, mientras Lina, al oír aquello, se horrorizaba de espanto.

En esta decisión de Hamelin, Saccard vio un enorme procedimiento de publicidad. Encargó a su secretario particular, Mazaud, que partiera inmediatamente para Cayenne y que obrara según órdenes que recibiría,

DOLORES DEL RIO (Por Roser Nel-lo, de Barcelona)



DOLORES DEL RIO (Por Roser Nel-lo, de Barcelona)

—Tampoco son esas unas señas muy claras.
—En casa había árboles y muchos negros... y una niña así de pequeñita.
"Y la niña señaló, separando las manos como una cuarta la una de la otra.
"Angela, o Librada, como la había bautizado Blas, había perdido el miedo, y con su graciosa media lengua tenía embobado a su protector.
"La hermosa niña tenía, como todas las de su edad, una idea bastante confusa del ayer de su vida.
"Blas no pudo sacar en limpio nada, si se exceptúa que por deducción, viendo lo de los árboles y los negros con las palabras del naufrago, comprendió que aquella niña podía venir muy bien de América. Pero, ¿de qué punto?
"Cuando llegó al pueblo, los vecinos, al verle pasar con la caña al hombro, la niña en brazos y la chistera a la espalda, le preguntaron en son de broma:
—¡Don Blas! ¡Don Blas! ¿Ha pescado usted esa hermosa dorada?
—Sí—les respondía Blas con su eterna sonrisa—. Buena pesca, ¿no es cierto? Dios, por fin, ha querido darme una compañera.
"Esta noticia alarmó al pueblo, porque en las aguas del Miño se habían cogido truchas, anguilas, barbos y una multitud de pescados diversos; pero niñas tan bonitas como Librada no se sabía que se hubiesen pescado, ni con la caña ni con la red.
"En los pueblos la vida es tan sumamente igual, que la cosa más pequeña da pasto a la curiosidad.
"Además, el caso era grave, y la fabulosa nueva corrió de boca en boca.
"Todo aquel día la casa del organista fué un jubileo.
"La visitaron las notabilidades del pueblo, el señor alcalde y la señora alcaldesa, los regidores y las regidoras, el cura y su ama, el sacristán y su esposa; en fin, todos los vecinos de San Cristóbal de Goyán pisaron aquel día el humilde pavimento de la casa del pescador de caña.
"El mundo se compone de una inmensa familia de seres que se agitan y conmueven por una cadena interminable de acontecimientos.
"Lo que hoy es nuevo, mañana es viejo; lo que ayer fué una novedad admisible, hoy es una antigualla de la que nadie se ocupa.
"La novedad de Librada tuvo, como era consiguiente, su descenso, como había tenido su crecida, y dos meses después la huérfana era una niña muy hermosa, la más hermosa del pueblo, a quien todos llamaban la hija de don Blas el organista, y, siguiendo la tradición, la hija del Miño."

Aquí el cura no pudo contener su alegría. Dejó el cuaderno sobre la silla y se puso a pasear por el jardín, frotándose las manos y haciendo gestos. La Providencia venía en su ayuda. Era preciso escribir a Ezequiel, hacerle alguna pregunta, y después llamar a esa joven desheredada por Pancho el mulato, y decirle:
—¡Toma, y sé feliz!
Mas para escribir era preciso esperar al día siguiente porque el correo salía a las siete de la mañana.
Entonces calculó que lo más prudente era escribir aquella noche y continuar leyendo la novela.

VI
"Triste, pesados, se dispuso a abandonar aquel sitio, cuando al inclinarse hacia el Norte para volver a bajar la loma de la colina, vió a su derecha, y como a unos doscientos pasos del sitio que ocupaba, un árbol secular, que, cual un rey destronado, crecía en medio de aquella soledad.
"Al pie de aquel árbol se veía un objeto, que el organista no pudo distinguir bien desde allí.
"Parecía una mata baja y oscura.
"El corazón toma una parte activa en todos nuestros acontecimientos.
"Blas sintió que su corazón le advertía algo, y sin reflexionar lo que aquel bulto significaba, encaminóse hacia el árbol.
"Llegó y exhaló un grito de gozo.
"Había encontrado el tesoro que buscaba.
"Sobre la verde y natural alfombra del campo, estaba extendido un capote de marinero, y sobre este capote, como si fuera un rico colchón de plumas, dormía una tierna niña, que podría tener unos cuatro años de edad.
"Blas sintió una alegría inmensa al ver a aquel ángel abandonado.
"Se quedó inmóvil, contemplando a la niña.
"Era rubia como las espigas de Egipto, blanca como la nieve del Sabino, y sonrosada como las adelfas del Maestrazgo.
"El pincel de Murillo no hubiera pintado con tintas más suaves, con líneas más delicadas, la cabeza del ángel Elohak, el más hermoso de los ángeles del cielo, porque el Eterno le había formado de un suspiro de la aurora, de un rayo de sol y de un copo de nieve.
"El sueño de la niña abandonada no podía ser más dulce, más tranquilo.
"Sus labios, rojos y entreabiertos como la hoja de un terebinto de Siria, encerraban una pequeña dentadura brillante como la sal cristalizada herida por los rayos de la luna.
"Sonreía.
"¿A quién? Tal vez al arcángel Gabriel, que en aquel momento extendía sobre ella sus blancas alas.

VII
"Blas contemplaba a aquella preciosa criatura con las manos plegadas, sin atreverse a respirar por no despertarla.
"Poco a poco fué tranquilizando su asombrado espíritu el pescador de caña, y entonces vió que alrededor de la cabeza de la niña se hallaban esparcidas algunas onzas de oro.
"Las contó con la vista, porque Blas parecía estar enclavado en el suelo.
"Eran veinte.
"Ya hemos dicho que el organista era un hombre justo; aquel dinero le causó una impresión desagradable, pues él hubiera querido encontrarse a aquel ángel pobre, y lo hallaba rico, porque para Blas veinte onzas eran una fortuna.

gría cuando, sobre la pantalla luminosa, vió escrita la noticia del feliz aterrizaje de su esposo en Guyana. Pero aquella noticia era prematura. Al día siguiente, con gran desesperación de todos los que en aquel vuelo estaban interesados, supieron por radio, de origen japonés, que el avión tripulado por Jacques Hamelin había sido visto cuando caía envuelto en llamas en pleno Océano, a cien millas de la isla de Trinidad.

En Bolsa aquella noticia catastró-

DE NUESTRO CONCURSO
(Núm. 171)



RONALD COLMAN
(por Julio Calvo Duch, de Sabadell)

fica originó el derrumbamiento de las acciones del Banco Universal. Saccard estaba literalmente aplastado, cuando recibió un telegrama cifrado de Mazaud, anunciándole que Hamelin había, en efecto, aterrizado en inmejorables condiciones, en Guyana, pero que las noticias oficiales se había retrasado. El primer movimiento del financiero fué lanzar la noticia a los cuatro vientos, más pensándolo mejor, optó por callarse para aprovecharse de la baja experimentada y volver a comprar sus acciones a un precio muy ventajoso.

Lina, fué al Banco Universal, en un estado de ánimo deplorable. Allí sorprendió a Saccard que no cesaba de telefonear, pero convencida de que su marido había muerto en la empresa, quiso suicidarse. Saccard se precipitó sobre ella y mientras la desarmaba anunció que Hamelin estaba sano y salvo.

Pasado el primer transporte de ale-

gría, reprochó Lina, amargamente a Saccard el no haberla avisado antes. —Si no he intentado desmentir lo que se dice—exclamó el financiero sin dejar el aparato—, es en nuestro común interés: hemos ganado una fortuna.

Y los días pasaron. En Guyana, Jacques Hamelin había trabajado intensamente, pero el clima era muy malo y el aviador que se resentía de las heridas recibidas durante la guerra, notó que su vida se extinguía de día en día.

El ladino Mazaud, secretario de Saccard, que se encontraba cerca de Hamelin, aprovechó la coyuntura para hacerle firmar documentos muy importantes y comprometedores. Saccard, por su parte, cada vez más enamorado de Lina Hamelin, pensaba que con el dinero todo puede adquirirse, hasta el amor. Preparó un talonario de cheques a nombre del aviador y ordenó a su cajero que pagara todos los gastos de Lina Hamelin, con cargo a su cuenta personal. Y con el ariete formidable del dinero, comenzó la conquista de aquella mujer.

Algunos días más tarde, en casa de la baronesa Sandorf, Saccard, que a pesar de todo estaba enamorado de aquella extraña mujer, dejóse llevar por una violenta crisis de celos porque sospechaba que era la amante de Gundermann.

Después de aquella escena, la baronesa Sandorf, hábil y felina, puso en juego toda su astucia para enloquecer a Saccard llegando con sus zalamerías a hacerle confesar que todavía esperaba poder aumentar el capital del Banco Universal, lo que se apresuró a poner en conocimiento de su aliado Gundermann. Este obró en consecuencia y Saccard se encontró cada vez más metido en la danza infernal de los negocios.

Sin embargo, Hamelin quería volver a Francia. Saccard, deseoso de coronar con éxito su flirt con Lina, envió un cablegrama al aviador rogándole retardara su vuelta tres meses. Luego fué a casa de Lina y la invitó a una fiesta que daba en su honor. Aquella tarde, aprovechando un momento en que se había quedado solo con ella, intentó abrazarla violentamente; la joven se defendió con bravura y supo resistir. Saccard le confesó brutalmente su amor y furioso al verse rechazado, amenazó.

La baronesa de Sandorf, siguiendo una táctica meditada de antemano, había advertido a Lina que Saccard había cometido graves irregularidades y le había aconsejado, ya que su marido era poseedor de un gran número de títulos, presentarle querrela ante los Tribunales. Lina obedeció. Precisamente, en aquel momento, recibió una carta de Saccard anunciándole que había sido rechazado un cheque de 16.500 francos por falta de fondos en cuenta corriente: —Páguelo—dijo Lina por teléfono—. Esta tarde asistiré a su soirée y hablaremos de este asunto.

La fiesta de Saccard tuvo lugar y fué de una prodigalidad y un esplendor inusitados. Este encontró a Lina en un salón apartado; hablaron y ella le anunció que habiendo sabido que

falsificaba las cuentas, había presentado querrela contra él. El financiero adivinó en todo aquello una maniobra de la baronesa Sandorf.

—Estoy a su disposición—le respondió—, pero debo advertirle que su marido ha firmado conmigo los balances; si yo me veo envuelto en un proceso, él lo será igual. Además, he pagado un cheque de usted que se servirá abonarme inmediatamente.

Fiel a su marido, Lina, antes que claudicar, estaba decidida a matar a Saccard. La baronesa de Sandorf la sorprendió, y como oyó decir que, si Saccard desaparecía, las acciones del Banco Universal subirían, decidió in-

DE NUESTRO CONCURSO
(Núm. 172)



GLORIA SWANSON
(por Ramón Torres Monllau, de Santa Bárbara)

tervenir para que esto no sucediera y desvió el golpe que debía alcanzar al financiero.

Al día siguiente, supo Saccard que Lina Hamelin había lanzado al mercado un gran lote de títulos del Banco Universal. Y la maniobra se amplió. Por orden de Gundermann, las diferentes Bolsas mundiales vendieron en masa. El «crach» fué formidable. Saccard fué detenido y Jacques Hamelin, recién desembarcado, procedente de Guyana, fué encarcelado en la Santé.

Saccard y Hamelin se sentaron en el banquillo de los acusados, pero mientras éste era puesto en libertad con aplauso unánime, el otro fué condenado.

Bajo la dirección del experto hombre de negocios Gundermann, los asuntos de Jacques Hamelin entraron en una fase de prosperidad insospechada, y, reunidos éste y su esposa, gustaron por fin las delicias de la dicha, mientras que Saccard, incorregible fundador de Empresas, ocupaba sus ocios en la Santé, proponiendo a su carcelero fantásticos negocios para cuando fuera puesto en libertad.

—El sueño de la niña le pareció tan provechoso para su delicada naturaleza después de una noche borrascosa, como suponía, que no quiso despertarla.

—En aquel momento se le ocurrió que la pobre criatura tendría hambre cuando se despertara; pero Blas, por único desayuno, contaba con un pedazo de pan no muy blando y un puñado de higos secos.

—Esto era bien pobre y basto alimento para un ángel tan delicado como el que contemplaban sus compasivos ojos.

—Entonces se le ocurrió que podía hacerle el almuerzo para cuando despertara, y apartándose unos cuantos pasos del árbol hospitalario, buscó una roca a propósito, y recogiendo la chistera, que había dejado en el suelo, la puso sobre la peña.

—Había pescado una anguila del diámetro de una pulgada.

—Blas se dijo para sí:

—La carne de la anguila es muy fina y muy sabrosa; voy a usarla, para que cuando se despierte la niña se la almuerce: es todo lo que puedo darle ahora.

—Blas, como buen pescador, llevaba su pedernal y su eslabón.

—Frontero en la plana superficial de una roca ardió una fogata cepear de asar, no una anguila, sino un carnero.

—Después de preparado el desayuno, esperó el momento en que la niña abandonada abriera los ojos.

—Por segunda vez quedóse contemplando a aquel ángel dormido.

—Un pensamiento terrible y alarmante cruzó por su imaginación.

—Blas palideció.

—¿Estará muerta?—se dijo.

—E inmediatamente, arrodillándose junto a la niña, le tomó una mano

—No—volvió a decirse—, ¡Caramba! Me había asustado.

VIII

—La niña abrió los ojos y los fijó en Blas con miradas de asombro.

—Aquellos ojos eran azules como el cielo en un día claro.

—Buenos días, hija mía—le dijo el pescador con el tono más dulce que pudo.

—¿Y mi madre?—preguntó la niña.

—Tu madre... tu madre...

—Blas no sabía qué contestar.

—Mientras tanto, la niña se puso en pie y miró alrededor suyo diciendo:

—¡Yo quiero ir adonde está mi madre y mi padre! ¡Llévame! ¡Quiero verlos!

—¿Qué diablos le digo ya a esta criatura?—pensaba para sus adentros Blas.

—Pero de pronto, como si una idea ingeniosa iluminara su mente, continuó:

—Tu madre vendrá pronto; me ha dicho que si tenías gana que comieras esto.

—Y Blas le presentó la anguila, asada entre dos pedazos de pan.

—¡Yo no tengo ganas! ¡Quiero ir con mamá, con mamá!

—Y la pobrecilla se echó a llorar.

—Blas comenzaba a aturdirse.

—¡Vaya usted a complacer a este ángel del Señor!—se dijo para sí—, ¡Su madre! ¡Su madre! ¡Quién sabe si a estas horas descansa en el vientre de un búr-

burón para en *aeternum!*

—Y viendo que no cesaba el lloriqueo, se sentó a su lado y comenzó a acariciarla.

—La niña fué tranquilizándose poco a poco.

—Vamos, no llores, hija mía—le dijo el organista—; yo quiero mucho a las niñas cuando son buenas, y tu mamá me ha encargado que venga a buscarte y que te tenga en mi casa hasta que ella venga por ti.

—Pues vamos a tu casa—repuso la niña.

—Corriente. Por fin se va humanizando—dijo Blas para sí, cogiéndola en brazos.

—Pero fijándose en las veinte onzas que relucían esparcidas por el capote del marino, continuó:

—Recogeré este dinero y se lo guardaré, porque podrá servirle algún día.

—Entonces reparó que la niña llevaba una pequeña cruz de rubíes colgada al cuello.

—Al dorso de la cruz, que era de oro, y que Blas estuvo examinando, se había grabado este nombre: *Angela*.

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...